

raré yo á España como mi abuela, y mi entendimiento, pobre de sabidurías, es rico en todo lo tocante á paja y cebada, al gobierno de mulas y á la crianza de guarros, que valen y pesan más que el mejor discurso.»

Poco más dijo, sin abandonar el tono lúgubre y las negras apreciaciones pesimistas. No cenó más que un huevo y medio vaso de vino, y se fué en busca del sueño, que calmaría sus anhelos de ciudadano y sus inquietudes de padre y esposo. Triste noche fué aquélla para la familia Carrasquil, por la turbación hondísima de todos los ánimos, excepto el de Doña Leandra, que ya veía lucir la estrella que á los manchegos horizontes la guiaba. En vela pasó toda la noche pidiendo al Señor que afanzara con buenos remaches, en la voluntad de Bruno, la determinación de volver al territorio, mientras Lea y Eufrasia, en su febril desvelo, muertas de ansiedad y sobresalto, pedían á la Virgen de Calatrava, su patrona, y á la de la Paloma de acá, y á todas las españolas Vírgenes, que arreglasen con Dios por buena manera todos los piques entre *cangrejos* y liberales, y entre éstos y el Regente, y que procurase la reconciliación de los *hombres de Septiembre* con los *hombres de Octubre*, y de los de Mayo y Agosto con los de los demás meses del año, para

que D. Bruno viera sus negocios felizmente encaminados y no persistiese en el absurdo de sepultar otra vez á la familia en las tristezas de Torralba. Imaginaban una y otra que, llegado *el instante fiero*, oían pronunciar á Don Bruno el terrible «vámonos.» Lea se resignaba con harto dolor de su corazón; Eufrasia no: su amor filial, con ser grande, no alcanzaba ciertamente á tan tremendo sacrificio. Anticipando ambas en su pensamiento el trance fatal, la primera lloraba despidiéndose de Madrid, la segunda sufría el desconsuelo de dar un eterno adiós á sus padres y hermanos: su problema, su grave conflicto era discernir y escoger resueltamente el resorte más eficaz para no seguir á la familia.

### III

Algún alivio tuvo en los siguientes días el pesimismo angustioso del manchego, y alguna dedada de miel atenuó su amargura. Mendizábal le había saludado con mucho afecto, y un amigo de entrambos le llevó las albricias de que no sería olvidado el expediente de Pósitos. De jefatura política no le dijeron una palabra;

pero en el café corrió la especie de que se harían numerosas vacantes para que las ocupasen *hombres nuevos, elementos sanos*, de probada honradez y consecuencia. Un redactor de *El Heraldo*, periódico de batalla dirigido á la sazón por Sartorius, no cesaba de halagar á Carrasco, obstinándose en presentarle á Bravo Murillo, á Pacheco y á Pastor Díez, lo más granadito de la juventud moderada; pero el manchego repugnaba estas aproximaciones, temeroso de que tras ellas viniese algún compromiso que suavemente le apartara del dogma. A las virtudes y méritos más eminentes antepone en su alma la consecuencia, mirándola como una preciosa virginidad que á todo trance y con las gazmoñerías más extremadas debía ser defendida, no permitiendo que el contacto más ligero la menoscabase, ni que frívolas sospechas empañaran el concepto y la opinión de su integridad. Prefería D. Bruno su ruína, la persecución y el martirio, á que se le tuviera por tráfuga de su iglesia política ó por dañado de la herejía retrógrada.

Entrado Junio, ya vió más claro el buen señor que su ídolo, Espartero, ponía los pies en la pendiente resbaladiza de la sima, en las precipias tragaderas del abismo. A bandadas venían del extranjero los paladines de Cristina,

con ínfulas y motes de caballeros de una nueva Cruzada, pues habían creado una *Orden militar española* que á todos les solidarizaba en su empeño de restauración, y era un reclamo irresistible para los militares que del lado acá del Pirineo aguardaban los acontecimientos, para decidirse por la bandera que al principiar el juego llevara mayor ventaja. Los emigrados, á quienes el poeta político D. Joaquín M. López, echando por la boca flores de trapo, y enarbolando en la mano derecha su proyecto de amnistía, quería traer á la reconciliación nacional, atacaban á España por los cuatro costados. Tan fieros venían, que causaba pavora el estridor de armas y dientes que hacían entrando aquí por mar ó por tierra, ávidos de volver á los comederos y de no dejar rastro de la llamada usurpación. Narváez, como el más *crúo* de los invasores, embestiría por Andalucía, desembarcando en Gibraltar, que siempre fué playa de todo contrabando; los dos Conchas, que en Florencia lloraban las desdichas de la patria, caerían sobre las costas valencianas; O'Donnell saltaría por encima del Pirineo para caer sobre Navarra ó sobre Cataluña; Orive, Piquero, Pezuela, Jáuregui y otros del orden militar y del civil que suspiraban porque volviese á goberarnos la hermosa Majestad de María Cristina.

y que creían en ella como en una Minerva cristiana y católica, se agregaban á los caudillos para prestar su cooperación en la obra de reconquista.

No pasaron muchos días sin que á la emergencia de tantos paladines salvadores respondieran dentro de la plaza los pronunciamientos de ésta y la otra provincia, tronando contra el Regente, y pidiendo con desaforado clamor que nos trajesen pronto á la Gobernadora de marrás, pues sin ella no podíamos vivir. Más de un general y más de dos, hechura de Espartero, después de hacerse los remilgados y de ponerse la mano en el corazón, toleraron los pronunciamientos ó no quisieron oponerse á ellos. Sólo quedaban cuatro que, como el pobre D. Bruno, estimando su virginidad sobre todas las virtudes, no abrieron sus orejas á ninguna voz de seducción: eran Zurbano, Ena, Carondelet y Seoane.

En tanto, ansiosos de poner mano en la salvación de España, corrían á Cataluña Ametller y Bassols, y allí se encontraban con D. Juan Prim, de sangre muy caliente y entendimiento harto vivo, el cual, con su amigo Milans, sublevó á Reus, tratando de extender el incendio á todo el Principado. Don Javier Quinto, Don Jaime Ortega, que años adelante, en plena gue-

rra de África, discurrió salvar á España con la traída de Montemolín, marcharon á Zaragoza, sin acordarse de que esta ciudad es y será siempre la primera de España en no admitir ciertas bromas, y en su aversión á dejarse regenerar por el primero que llega. Los tales y otros caballeros que les seguían, ávidos de mangonear obteniendo puestos en las Juntas, fueron recibidos á puntapiés por los milicianos, que adoraban á Espartero casi tanto como á la Virgen del Pilar. Viendo que allí venían mal dadas, llevaron sus enredos á otra parte de Aragón.

Innumerables jefes del ejército y personajes políticos de la coalición se derramaban por el Reino, *pronunciando* todo lo que encontraban por delante, y estableciendo Juntas en todo lugar donde caían. Málaga fué la primera ciudad de importancia en que se vió la insurrección formal y práctica: no pedía por el pronto la vuelta de Cristina, sino que cayera Gómez Becerra y volviese López con su lindo programa y su rosada elocuencia; sonaban las músicas, y en medio del general delirio, entregándose los malagueños al goce de dictar leyes á la autoridad central, quedaban vacíos los depósitos de tabaco y tejidos de Gibraltar, y abastecidos para largo tiempo los almacenes del comercio grande y chico. Granada y Almería se pro-

nunciaban sin comprometerse, no renegando del Regente mientras no viesen que era segura su perdición; otras provincias adoptaban el mismo sistema, de una cuquería y eficacia admirables; en Valencia la coalición y los moderados amotinaron al pueblo y ganaron parte de la tropa, dejando casi inerme al valiente General Zabala. Asesinados el Gobernador Camacho y un agente de policía, quedó la ciudad en poder de los revoltosos. De Cartagena dieron cuenta, no sin dificultad, el Brigadier Requena y el coronel Ros de Olano; en Cuenca triunfó el arcediano de Huete; Valladolid quedó pronunciada por el General Aspiroz; Galicia por Zambrano, y así fué propagándose la quema, hasta que no quedó parte alguna de la nación que no ardiese en cólera y no pitara muy alto pidiendo renovación de personas, cambio de política, de instituciones, como el sucio que pide mudar de ropa.

Si algunos de los pueblos pronunciados no pedían la caída del Regente, sino la vuelta del florido López, otros proclamaban la *inmediata mayoría de la Reina*, resultando un barullo tal, que no lo harían semejante todos los locos del mundo metidos en una sola jaula. Sólo diez y seis meses faltaban para que Espartero cumpliera el plazo de su Regencia. Aun admitiendo que su gobierno no fuera el más acertado,

y sus errores muchos y garrafales, ¿no valían menos diez y seis meses de mal gobierno que todo aquel delirio, que aquel ejemplo, escuela y norma de otros mil desórdenes, de la desmoralización y podredumbre de la política por más de medio siglo?

Fué muy chusco ver á Serrano y á González Brabo marchar juntos á Barcelona por la vuelta grande del Pirineo, y entrar en la ciudad de los Condes á brazo partido, en carretela descubierta, entre las aclamaciones de un pueblo á quien hay que suponer enteramente ciego para tener la explicación de su entusiasmo. Animados por el éxito, y con el apoyo moral que Prim les daba desde Reus, determinaron los dos audaces jóvenes, el uno militar intrépido, paisano sin ningún escrúpulo el otro, constituir ó resucitar el Ministerio de la coalición, y como Serrano había sido Ministro con López, no vaciló en darse título y atribuciones de hombre-gabinete ó *Ministro universal*. Ya tenía el confuso movimiento una figura que le sintetizase, una voluntad que unificara las varias manifestaciones de los pueblos. Lo primero que pensó el afortunado caudillo fué dirigir su galana voz á la Nación, y entre él y González Brabo enjaretaron un Manifiesto, que leído á estas distancias y á estas luces que ahora nos

alumbra, nos maravilla por la desatinada flaqueza de sus razones, mezcla infantil de audacias é inocencias. Todo ello parece cosa imaginada en juegos de chicos. La imparcialidad ordena decir que los argumentos del Regente, en la proclama que enderezó á los pueblos poco antes de empollar la suya el *Ministro universal*, adolecen también de inconsistencia y puerilidad; pero el defecto no salta tan vivamente á la vista como en las torpes letras de Serrano y González Brabo. Se ve que estos soldados de fortuna á quienes la guerra llevó rápidamente á las cabeceras de la jerarquía militar, y estos políticos criados en los clubs, recriados con presuroso ejercicio literario en las tareas del periodismo; lanzados unos y otros á la lucha política en los torneos parlamentarios y en el trajín de las revoluciones, sin preparación, sin estudio, sin tiempo para nutrir sus inteligencias con buenos hartazgos de Historia, sin más auxilio que la chispa natural y la media docena de ideas cogidas al vuelo en las disputas; se ve, digo, que al llegar á los puestos culminantes y á las situaciones de prueba, no saben salir de los razonamientos huecos, ni adoptar resoluciones que no parezcan obra del amor propio y de la presunción. Por esto da pena leer las reseñas históricas del sin fin de revolucio-

nes, motines, alzamientos, que componen los fastos españoles del presente siglo: ellas son como un tejido de vanidades ordinarias que carecerían de todo interés, si en ciertos instantes no surgiese la situación patética, ó sea el relato de las crueldades, martirios y represalias con que vencedores y vencidos se batían en el páramo de los hechos, después de haber jugado tonantemente como chicos en el jardín de las ideas. Causarían risa y desdén estos anales si no se oyera en medio de sus páginas el triste gotear de sangre y lágrimas. Pero existe además en la historia deslabazada de nuestras discordias un interés que iguala si no supera al interés patético, y es el de las causas, el estudio de la psicología social que ha sido móvil determinante de la continua brega de tantas nulidades, ó lo más medianías, en las justas de la política y de la guerra.

Bueno, bueno, bueno. Ni corto ni perezoso, Prim no quería ser menos en Reus que sus amigos Serrano y González Brabo en Barcelona, y largaba también su Manifiesto, negando á Espartero los diez y seis meses que le faltaban de Regencia, y proclamando la mayoría inmediata de Isabel II. Sin sospechar entonces sus futuros destinos, ni los engrandecimientos de su figura en el porvenir; hallándose, como

quien dice, *en la edad del pavo*, cual niño aplicado y muy inteligente que aún no conoce la discreción, llamó á Espartero *soldado de fortuna*, *aventurero egoísta*, y á Mendizábal *intrigante*, *embaucador y dilapidador de los intereses públicos*. Andando el tiempo fué de los que creyeron que la memoria de uno y otro debía perpetuarse con estatuas.

## IV

Al mismo tiempo que Serrano y González Brabo entraban en Barcelona como chiquillos con zapatos nuevos, desembarcaban en Valencia Narváez, Concha (D. Manuel) y Pezuela, asistidos de varios jefes y oficiales, entre los cuales descollaban Fulgosio, Arizcun y Contreiras, y al instante se entendieron con la Junta llamada *de Salvación*, consagrándose todos con celo entusiasta á llevar adelante la grande aventura del alzamiento. Partió Concha sin perder tiempo hacia las Andalucías, para ponerse al frente de las tropas pronunciadas en Sevilla y Granada, y Narváez recibió de la Junta el mando de las de Valencia. No necesitaba más el *guapo de Loja* para tener á Espa-

ña por suya: diéranle soldados, una bandera que despertara simpatías circunstanciales en cualquiera región del alborotado país, y ya era el hombre que á todos se les llevaba de calle. No había otro que le igualara en aptitudes para establecer un predominio efectivo por la sola razón de ser más audaz, más tozudo y más insolente que los demás. Dese á cada cual lo suyo, y resplandezca en la distribución de censuras y elogios la estricta justicia. Narváez supo ser el primer mandón de su época, porque tuvo prendas de carácter de que los otros carecían, porque su tiempo, falto de extraordinarias inteligencias y de firmes voluntades, reclamaba para contener la disolución un hombre de mal genio y de peores pulgas. El rasca-rabias que necesitaba el país en momentos de turbación era Narváez, porque no había quien le igualase en las condiciones para cabo de vara ó capataz de presidio. El barullo grande á que nos había traído la coalición; la ceguera de los liberales confabulándose con los moderados para derribar al Regente; la confusión y escándalo inauditos de aquellas Juntas que legislaban en nombre de la Nación y repartían grados, honores y mercedes á paisanos y militares; los actos de imbecilidad ó de locura que señalaban el estado epiléptico del país, requerían

un *baratero* que con su cara dura, su genio de mil demonios, sus palabras soeces y su gesto insolente se hiciera dueño de todo el cotarro. El *General bonito*, como llamaban á Serrano entonces, hombre afectuoso, presumido, de arranques gallardísimos en los campos de batalla, blando en las resoluciones, cuidándose principalmente de ser grato á todo el mundo, mujeres inclusive, no servía para el caso; Prim, nacido del pueblo, tenía gustos y costumbres de aristócrata; aunque adelantado en su carrera militar, no había subido á las más altas jerarquías; si en él descollaba la inteligencia, como en Serrano el don de simpatía, no se encontraba en disposición de levantar el gallo. Concha, con extraordinario talento militar y más sagaces ideas que sus colegas, se reservaba sin duda para mejores días, y en la propia situación expectante se hallaba O'Donnell, cuya mente sajona entreveía sin duda empresas grandes que acometer en días normales. Podían ser éstos los hombres del mañana; pero el hombre de aquellos días era Narváez, no embrión, sino personalidad formada, porque el *baratero* nace, y á poco de nacer, con sólo un par de arranques y el fácil reparto de cuatro bofetadas á tiempo y de otros tantos navajazos oportunos, ya se ha revelado á sí mismo y á los demás,

ya es el *poeroso* ante quien todos tiemblan.

Empezaba D. Ramón revelando su *poer* con el desapacible y fosco mohín de su cara, de estas caras que no brindan amistad, sino rigor; de éstas que sin tener chirlos parece que deben su torcida expresión á un cruce de cicatrices; de estas caras, en fin, que no han sonreído jamás, que fundan su orgullo en ser antipáticas y en hacer temblar á quien las mira. El efecto inicial causado por el rostro lo completaban los hechos, que siempre eran rápidos, ejecutivos, producidos á la menor distancia posible de la voluntad que los determinaba. No daba tiempo al enemigo, ó más bien á la víctima, para parar el golpe, y sabía cogerla en el instante peligroso de la sorpresa. Ideas altas de gobierno no las necesitaba en aquella ocasión, porque el mal nacional era tal vez empacho de ideas, manjar y licores exóticos comidos y bebidos antes de tiempo en voraz gula, por lo que no habían sido digeridos. Aunque esto sea violentar el orden histórico, conviene decir ahora que cuando la Nación, gobernada una y otra vez por Narváez, y sintiéndose repuesta de sus indigestiones, le pidió ideas que la llevasen á fines gloriosos y á una existencia fecunda, Narváez no supo dárselas, sencillamente porque no las tenía. Sin poseer nunca la elevación mental

que su puesto reclamaba, se murió entrado en años aquel hombre duro, que fué la mitad de un gran dictador, poseyendo en altísimo grado las cualidades del gesto bravucón y de la rapidez del mando, y desconociendo en absoluto la psicología indispensable para guiar á un pueblo. Pero esto no quita que, en ocasiones críticas del desbarajuste hispano, fuera Narváez un brazo eficaz, que supo dar á la sociedad desmandada lo que necesitaba y merecía, por lo cual le corresponde un primer puesto en el panteón de ilustraciones chicas, ó de eminencias enanas, como quien dice.

Pues señor, con tantos paladines de empuje, bien armados y ostentando los falsos lemas que al pueblo fascinaban, no tuvo más remedio el Regente que echarse al campo, y así lo hizo después de las indispensables arengas á la Milicia Nacional, en que le cantaba los antiguos y ya sobados himnos militares y liberalescos. Salió el hombre, tomando la vuelta de Albacete, donde se paró en firme, con aquella pachorra fatalista que en otros tiempos había sido la pausa precursora de sus grandes éxitos y ya era como la calma lúgubre que antecede á las tempestades. Poco gratos son para el que los escribe como para el que los lee, los pormenores de los hechos de armas que precipitaron la

caída del Regente, porque ellos ofrecen una triste serie de encuentros deslucidos y de defecciones y actos inspirados por el egoísmo. La militar omulación y las virtudes cívicas estaban dormidas; no velaba más que la conveniencia personal. La oficialidad y jefes de todos los cuerpos llamados leales, á las órdenes de Seoane, Van-Halen, Carratalá y Ena, pesaban en certera balanza las probabilidades de triunfo, y viendo perdida la causa de Espartero, abandonaban las filas. Muchos á quienes repugnara la defección ó el pase á las fuerzas pronunciadas, pedían la licencia absoluta, alegando que no combatirían por Espartero ni contra él. Van-Halen, que venía de Cataluña con todas las fuerzas que pudo reunir, se aterró de la merma gradual de su ejército en cada marcha. La opinión se volvía contra el Regente. Se hizo creer al pueblo que venía una época de congratulaciones y de abrazos, de alegría general y de *olvido de lo pasado*; que daría principio el imperio de la probidad, y que se unirían todos los hombres de corazón recto para *labrar* la felicidad de España. La prensa coaligada, retrógrados y progresistas, acordes en anunciar la próxima lluvia del maná, el advenimiento de los ángeles y la total regeneración del Reino bajo los auspicios de la inocente Isabel,



habían ayudado á la formación de aquel delirio, obra de astutos fariseos ayudados de unos cuantos poetas hueros y de oradores vacíos.

En su parada fatalista de Albacete, Espartero padeció la mayor equivocación de su vida. En vez de empeñarse en una resistencia imposable, debió llamar á los caberos del pronunciamiento militar y civil, y decirles: «Caballeros aquí tienen ustedes la Regencia, el Poder y todas las investiduras que, según la opinión firme, no merezco ya. Dejo el campo libre para que los honrrados ó los que lo parecen se abracen á su gusto, y para que se efectúe la reconciliación general anunciada por las nuevas políticas. Nombren nueva Regencia, si así les acomoda, para tirar hasta el 10 de Octubre del año próximo, fecha en que nuestra adorada Reina cumple los catorce años, y si esto no les parece bien y prefieren que la niña gobierne desde ahora, allá se las haya. Cesen ya tanto alboroto y tanta necedad; reciban de mi mano la autoridad suprema y hagan de ella lo que más les agrade, que yo á mi casa me voy, ó al extranjero si en mi casa no me dejasen en paz.» Esto debió decir, y habría evitado que sus enemigos se dieran luego el falso lustre de ganar batallas que, como la de Torrejón de Ardoz, casi enteramente imaginaría, sólo sirvió para

que los prosélitos de Narváez colgaran á éste glorias no menos resonantes que las de Aníbal, y para que llovieran las recompensas hasta encharcar todo el suelo de la Patria.

No le faltaron á Su Alteza en Albacete demostraciones de fidelidad desinteresada, y una de las más gratas fué la que hizo el jefe político de Ciudad Real, D. José del Milagro, presentando con sus respetos el homenaje de sus servicios como gobernador y como ciudadano liberal. Con el dicho sujeto venían calificados personajes de la ínsula, de limpia estirpe patriótica, y los jefes de la Milicia de Miguelturrá, Daimiel, Tirtasañera y de la propia Granácula, patria del Conde-Duque, á ofrecer incondicionalmente, en defensa del pacificador de España, cuanto poseían, vidas y haciendas. Cautivos y agraciado acogió D. Baldomero este noble mensaje, y con todos desplegó las galas de su cortesia y miramiento, extremándose en el agasajo del jefe político, á quien, por su consecuencia, colmó de alabanzas. De puro sobrado no cabía en su pellejo el bueno de D. José, y se propuso seguir á la Regencia hasta la victoria, ó la ruina total, que de este modo la rectitud del funcionario había de tener más tarde ó más temprano lucida recompensa.

Llegado el día en que Espartero dió por ter-

minado el plantón de Albacete, Milagro le siguió, agarradito á sus faldones y remedando fielmente las diversas caras de alegría ó desaliento que iba poniendo el ídolo, según las circunstancias. Tristísima fué la marcha desde Albacete á Sevilla, donde encontraron á Van-Halen asediando la plaza, y tratando de còtener la rendición por la buena antes de disparar morteros y obuses. Los sevillanos, viendo ya ganada la partida por la revolución, no querían llegar al fin sin engalanarse cca un poquito de heroísmo, ambicionando para su bella ciudad laureles semejantes á los de Zaragoza y Gerona. En dimes y diretes andaban sitiados y sitiadores, cuando llegó al Regente y á su *ayacucho* general la noticia de la furibunda batalla ganada por Narváez á los ejércitos combinados de Seoane y Zurbano en los campos de Torrejón de Ardoz, victoria que determinaron fácilmente y sin efusión de sangre los resortes estratégicos más elementales y sencillos. Las tropas de Seoane y Zurbano se pasaron al campo de Narváez, dejando á los dos caudillos espantados de su soledad... Empezaban los abrazos.

## V

*El dedo de Dios*, como algún diario de la época escribió con poético énfasis, señalaba al ídolo revolucionario, al rebelde y traidor Espartero, el único camino que debía seguir, para sumergir su ignominia en el ancho foso de los mares. A toda prisa tomó el Regente, con los restos de la dominación *ayacucha*, el camino de Cádiz, única plaza importante que aún no se había pronunciado; alentaba la esperanza de hacerse fuerte dentro de aquellos gloriosos muros, que habiendo sido cuna de la libertad recién nacida, debía ser su refugio cuando, ya persona mayor, volvía vencida y descalabrada. ¡Vana ilusión! Mal podría pensar D. Baldomero en que los baluartes gaditanos le dieran apoyo para la restauración de su poder, cuando no tenía ya fuerza, ni partido, ni partidarios. Al salir de Sevilla empezaron las deserciones: huían los oficiales, tras ellos los soldados; en Lebrija y Morón cuerpos enteros, volviendo descaradamente la espalda al viejo ídolo, corrían á campo-traviessa en busca del ídolo nuevo, que en aquel caso era D. Manuel de la

Concha, el cual de la parte de Málaga venía con hueste numerosa y brava en persecución del fugitivo. La relajada moral que entonces reinaba, fruto de tantas sublevaciones y del derroche de recompensas con que las estimulaba una política vil, obró con infalible poder corruptor en las almas de los últimos *ayacuchos*. ¿No era un dolor que cuando en toda España derramaban ascensos á manos llenas las Juntas de Salvación, se expusieran á ser postergados ó quizás perseguidos los pobrecitos jefes y oficiales que acompañaban el cadáver de la Regencia por la única razón de una etiqueta vana y de una lealtad inútil?... Espartero llegó al Puerto de Santa María sin más ejército que su escolta, sus ayudantes y un grupo de fieles amigos, entre los cuales se contaban Nogueras, Van-Halen, Infante, Linaje, Montesinos, Gurrea, Milagro, y otros cuyos nombres resultan desvanecidos en el oleaje del tiempo. Refugiado en el vapor *Betis*, firmó el Regente su protesta, último resuello de un poder espirante, y luego se trasladó á bordo del navío *Malabar*, de la marina Real inglesa, el cual, guardándole miramientos exquisitos y no escatimándole los honores oficiales, le llevó á Lisboa. De Lisboa partió á Londres en otro buque inglés.

Ved aquí extinguido un poder de la manera más pedestre y obscura, sin la brillantez ni el interés trágico que suelen acompañar á las catástrofes de imperios y á la caída de dictadores ó favoritos. Todo ello es de la más estulta prosa histórica, y fuera de la postura digna que adopta el caído, no se ve ni en sus partidarios ni en sus enemigos más que amaneramiento, bajeza de ideas, finalidades egoístas. Ni resplandecen grandes virtudes ni los furores desordenados, que suelen ser signos de vitalidad en los pueblos y de grandeza de caracteres. Todo es pequeño, vulgar, con una mezcla repugnante de candor bobo y de malicia solapada. Los ataques y las defensas de palabra y por escrito revelan afectación y mentira; se hacen y sostienen con hinchado lenguaje afirmaciones en que nadie cree. La única fe que se trasluce entre tanta garrulería es la de los adelantos personales; el móvil supremo que late aquí y allí no es más que la necesidad de alimentarse medianamente, la persecución de un cocido y de unas sopas de ajo, ambiciones tras de las cuales despuntan otras más altas, anhelos de comodidades y distinciones honoríficas. Bien lo dice la profana Clío cuando interrogada acerca de estas cosas tan poco hidalgas, nos muestra la imagen de la Nación desmedrada

por los hábitos de ascetismo á que la han traído los que durante siglos le predicaron la pobreza y el ayuno, enseñándola á recrearse en su esqualidez cadavérica y á tomarla por tipo de verdadera hermosura. Dícenos también la Diosa que no puede hacer nada contra los siglos, que han amaestrado á nuestra raza en la holgazanería, imbuyéndole la confianza en que los hombres serán alimentados con semillitas que lleva y trae el viento de la Providencia. Añade que las necesidades humanas, eterna ley, despertaban al fin en el pobre español los naturales apetitos, sacándole del sueño de austeridad ascética, y al llegar esta situación, encontraba más fácil pedir á la intriga que al trabajo la mísera sopa y el trajecito pardo con que remediarse del hambre y del frío.

Y sin pedir nuevos dictámenes á la Musa, puede asegurarse que no escaseaban, en medio de tanto prosaísmo, accidentes cómicos de cierto valor estético. *El General bonito* declaraba á *Espartero traidor á la patria*, privado de todos sus honores, y le entregaba por sí y ante sí á la execración de los españoles... A la protesta que formuló el Regente á bordo del *Betis*, contestaron el mismo Serrano, López y Caballero con otra soflama, repitiendo lo de la execración universal, acusándole de haber saqueado

las arcas públicas, y quitándole, por fin, todos sus empleos, títulos, grados y cruces. No sería justo acusar á los que tales desatinos é insulsas candideces escribían, y ésta es otra de las gravísimas corrupciones de la política, que hace á los hombres desvariar ridículamente y decir mil necedades sin creer en ellas. Por esto la historia de todo grande hombre político en aquel tiempo y en el reinado de Isabel no es más que una serie de enmiendas de sí mismos, y un sistemático arrepentirse hoy de cuanto ayer dijeron. Se pasan la vida entre acusaciones frenéticas y actos de contrición, flaqueza natural en donde las obras son nulas y las palabras excesivas, en donde se disimula la esterilidad de los hechos con el escribir sin tasa y el hablar á chorros.

Lecciones de consecuencia podía dar á todos el buen Milagro, que al volver de la tierna despedida del Regente, dejándole en la lancha, era tan fanático esparterista como en los días gloriosos del 40 y del 41, y en la fidelidad de esta religión pensaba morir, legando á sus hijos, á falta de caudales que no poseía, el ejemplo de su adoración idolátrica del dogma liberal. Si en el gobierno de la ínsula que su D. Quijote le confiara había cometido mil tropelías electorales para sacar diputado á Don

Bruno; si fué un gobernador muy parcial y más devoto de sus amigos que del procomún, en el terreno de los intereses conservó inmaculada pureza, y su conciencia salió de allí tan limpia como sus bolsillos. De su integridad era testimonio el hecho de que tuvo que pedir dinero á sus amigos para costearse el viaje de Cádiz á Madrid, y resignado con su suerte, por el camino iba soltando aforismos de manchega filosofía: «Todo el mal nos viene junto, como al perro los palos... A donde se piensa que hay tocinos, no hay estacas.» Volvía el hombre á su casa sin otro caudal que las esperanzas en la próxima vuelta del Duque.

Cogido el mango de la sartén por los *hombres de Octubre*, ayudados de los *hombres de Julio*, reducido habían á la mayor miseria y anquilamiento á los *hombres de Septiembre*. Entraron proclamando que se hundía todo, Patria, Religión, Gobierno, Monarquía, y hasta el firmamento, si no se arrancaban de las manos de Espartero aquellos diez y seis meses que de Regencia le restaban, y para que no se creyese que ellos, los *señores de Octubre y de Julio*, ambicionaban los puestos de Regente ó Tutores, declararon la mayor edad de la niña, haciéndola de golpe y porrazo mujer capacitada para pastorear el español ganado, tan pacífico y obe-

diente. Cierto que el Duque había cometido errores políticos, algunos muy graves; pero ¿qué planes, qué ideas, qué sistema traían los nuevos curanderos para aplicar á los males antiguos un remedio eficaz? Atropellaron un poder para crear otro con los mismos y aun peores vicios; tiraron un ídolo para poner en su peana otros, que más bien debieran llamarse monigotes, cuya incapacidad se vió muy clara en el correr del tiempo. Repitieron los defectos de la administración esparteril, agravándolos escandalosamente; si el Duque convirtió en razón de Estado la protección á los que le eran fieles; si á veces pospuso el bien general al de una media docena de compinches y paniaguados, los *libertadores de Octubre y de Julio* nos traían el imperio sistemático de las camarillas, del caciquismo, del pandillaje, de las asoladoras tribus de amigos, con el desprecio de toda ley y la burla del interés patrio. En el tránsito de la turbulenta infancia de Isabel á su mayor edad, vemos aparecer la pléyade funesta: hombres de talento en gran número, de brillante exterior y fecundos en palabrería, enteramente vacíos de voluntad y de rectitud, en el sentido general. Entre unos y otros, civiles y militares, no hicieron más que levantar esta Babel que tanto cuesta destruir: los Olózagas

y López por el lado liberal, los Narváez, Serranos y Conchas por el opuesto, el mismo O'Donnell, que supo hallar un pasajero equilibrio, con un pie en cada lado, y otros que no es necesario nombrar, más que laureles merecen maldiciones, porque nada grande fundaron, ningún antiguo mal destruyeron. Entre todos hicieron de la vida política una ocupación profesional y socorrida, entorpeciendo y aprisionando el vivir elemental de la Nación, trabajo, libertad, inteligencia, tendidas de un confin á otro las mallas del favoritismo, para que ningún latido de actividad se les escapase. Captaron en su tela de araña la generación propia y las venideras, y corrompieron todo un reinado, desconceptuando personas y desacreditando principios; y las aguas donde todos debíamos beber las revolviaron y enturbiaron, dejándolas tan sucias que ya tienen para un rato las generaciones que se esfuerzan en aclararlas.

## VI

Observó en Madrid el buen Milagro mudanzas y novedades: derribos de casas, edificaciones hermosas, modas y costumbres de impor-

tación reciente, y á María Luisa la encontró muy flaca y desmedrada, á Rafaela repuesta de sus destemplanzas con la dichosa viudez y el más dichoso casamiento, á los chicos muy despiertos, adornados de relumbrones de ciencia y de pedantesca verbosidad ostentosa que en el trato escolar iban adquiriendo. Mayor sorpresa que él con estas hechuras del infalible progreso, tuvieron sus hijas viéndole venir de la insula sin una mota ni nada que se le pareciese; tampoco traía regalos, que con la visita al Regente, tuvo que dejarse allá las ollas de arrope y dos cajitas de bizcochos de Almagro. Creían las chicas que su padre no volvería del gobierno sin una carga de dinero, producto de su honesto ahorro y de las obvenciones propias del cargo, y les supo mal verle venir á lo náufigo que á duras penas salva la vida y lo puesto. Ciertamente se condolió más de esta desventura María Luisa, por ser pobre, que su hermana Rafaela, la cual, enriquecida por un buen matrimonio, no necesitaba para nada del socorro paterno, y así, mientras la señora de Cavallieri, al notar la vaciedad de bolsa de su señor padre, dejó traslucir su enojo, trocando su afectuoso júbilo en frialdad cercana al menosprecio, la otra, por el contrario, sintió redoblada su piedad (pues era, según dicen, aun-